

¿POR QUÉ EL TILO FLORECE EN VERANO

2º-3º



1. El ti - lo que som - bre - a la ca - sa en que na - cí, e -
2. De - ba - jo de sus ra - mas, di - cho - so yo so - ñé, de a
3. Ya - ho - ra que es - toy le - jos y sé lo que es lu - char, a -

<https://ideaswaldorf.com/el-tilo/>

Hace mucho, mucho tiempo, el tilo florecía, como todos los demás árboles de hoja caduca, a principios de la primavera. Sus flores no eran especiales, pero el árbol estaba contento con lo que le había sido dado. Como sabéis, el tilo tiene una hoja en forma de corazón.

Lo que os voy a contar ocurrió en los tiempos en que Jesús recorría las tierras, silencioso y desconocido. Todos lo querían, muchos le contaban sus penas, y sus buenas manos aliviaban muchos dolores. Pero aún no había ido al río Jordán; el espíritu de Dios no había entrado completamente en él. Tampoco su más querido amigo desde su infancia, Juan, había ido aún al Jordán para predicar la llegada del Salvador del mundo y bautizar a los que acudían a él. Nada de eso había ocurrido todavía.

Jesús recorría las tierras, trabajaba como carpintero y escuchaba todo lo que la gente le contaba, y también lo que no le contaban, porque podía ver en sus corazones. Juan, por su parte, seguía en el desierto, escuchando la voz de Dios, que le enseñaba lo que debía predicar a los Hombres. Sólo de vez en cuando salía de su cueva en las montañas, que estaba junto a un manantial. Allí crecía un poco de hierba, pero por lo demás sólo había arbustos espinosos bajo el sol abrasador. Aunque estos daban algunos frutos que le servían de alimento, y las abejas silvestres en los límites del desierto le ofrecían su miel.

En una de esas ocasiones, Juan se dirigió a las aldeas donde pastaba el ganado y la gente cultivaba campos y viñedos. De camino, pasó junto a las abejas silvestres y les dijo:

«Queridas abejas, muchas veces me habéis ayudado; cuando regrese mañana, dadme un poco de vuestro miel. Ya no me queda nada en mi cueva».

Las abejas zumbaron a su alrededor y se quejaron:

«¿Ves esos prados verdes llenos de flores de mil colores, donde encontramos el néctar para hacer miel? Pero ¿oyes también a la Muerte afilar su guadaña?».

Y era cierto: al atardecer, desde cada casa del pueblo se oía el sonido agudo y metálico:

Tin, tin, tin. Juan les dijo:

«Pero sabéis que es necesario. Si no, no habrá heno en invierno, y las vacas y sus terneros pasarán hambre».

Las abejas respondieron:

«Y nosotras ya no encontramos nada, y el miel que hemos hecho con tantas flores lo necesitamos para nuestras crías. Aun así, te daremos un poquito mañana cuando pases, porque te conocemos bien y te queremos».

Esto entristeció a Juan, pues en la Tierra siempre parece que uno debe quitarle al otro lo que necesita. Los prados podrían haber seguido floreciendo, pero entonces no habría buen heno.

Al llegar al pueblo, todos lo saludaron con timidez y reverencia, pues sabían que era un hombre piadoso que vivía en el desierto y hablaba con Dios. Pero Juan, inusualmente distraído, apenas respondió a los saludos. Se sentó bajo un tilo, sumido en sus pensamientos y muy triste. Tanto que no notó que su amigo Jesús se acercaba y se detenía frente a él. Sólo cuando una voz suave le dijo:

«Juan, ¿por qué estás tan triste?»,

despertó como de un sueño, se levantó de un salto y abrazó a Jesús. Mientras caminaban juntos hacia una casa donde sabían que encontrarían refugio, Juan le contó todo lo que había vivido, y en medio de su relato seguía sonando el *Tin, tin, tin* de las guadañas que se afilaban en cada granja. Jesús puso su mano tranquilizadora en el brazo de su amigo y dijo:

«No estés triste, para cada necesidad hay una solución».

A la mañana siguiente, cuando todos aún dormían, Jesús fue visto junto al gran tilo viejo. Puso sus buenas manos en su tronco y habló con él durante mucho tiempo. Nadie sabe qué le dijo.

Llegó el verano y se recogió la cosecha. Llegó el otoño, las uvas maduraron en los viñedos y fueron prensadas, y el mosto fluyó de los lagares. Llegó el invierno, se trilló el grano, y el lino y la lana de las ovejas fueron hilados. En Navidad, Juan le llevó a Jesús un cristal maravilloso que había encontrado en las grietas de las montañas.

«Te lo regalo por tu cumpleaños, porque tu alma es tan pura y noble como este cristal»,
le dijo.

Juan no podía dejar de preguntarse qué regalo recibiría él, pues todos sabían que Jesús no poseía nada, excepto su áspera túnica, el cinturón y las sandalias. Por más que lo pensaba, no se le ocurría nada.

Pasó el invierno, llegó la primavera, y los árboles florecieron antes de echar hojas: los robles, los olmos, los sauces con sus amentos amarillos, y los prados se volvieron verdes.

Pero debéis saber que todos los árboles de una misma especie en el mundo están misteriosamente conectados. Y entonces sucedió que, en todas partes, sólo los tilos se negaban a florecer.

Al principio, los demás árboles no le dieron importancia, pero luego comenzaron a burlarse:

«¿Aún no despiertas, señor tilo? La primavera ya llegó».

El tilo fingió no oír. Sus yemas foliares brotaban lentamente, pero no había ni rastro de flores. Los otros árboles se enfadaron:

«Un árbol decente florece en primavera, si no, no da frutos. ¿Os habéis vuelto perezosos?».

El tilo se entristeció, pero siguió callado. Finalmente, intentaron hacerle entrar en razón:

«¿No queréis desaparecer? Sois un árbol tan hermoso, vuestro tronco y ramas forman un gran corazón, como vuestras hojas. Daos prisa, u os repudiaremos».

El tilo tembló de dolor ante estas palabras, pero en todo el país ni un sólo tilo mostraba el más mínimo brote floral. Los demás árboles le dieron la espalda y, con el tiempo, lo olvidaron.

Llegó de nuevo la época de los prados en flor, cuando el sol está alto en el cielo, y de nuevo resonó el implacable *Tin, tin, tin* del afilado de las guadañas. Todas las flores debían morir.

Era el cumpleaños de Juan, que había vuelto del desierto. La noche anterior, Jesús fue al tilo, abrazó su tronco, apoyó su mejilla en él y le dijo:

«Buen y querido tilo, has sido fiel y has confiado en mi promesa. Ahora puedes florecer, y ningún otro árbol tendrá flores tan hermosas».

Como nadie miraba al tilo, nadie vio cómo se cubría de pequeños botones, siempre dos en un tallo, envueltos por una hojita. Un suspiro recorrió su tronco, los botones se abrieron, y miles y miles de flores doradas comenzaron a brillar entre la hojarasca verde.

Al día siguiente, 24 de junio, día de su cumpleaños, San Juan llegó al tilo, donde su amigo lo había citado. Desde lejos escuchó un zumbido y un dulce aroma lo envolvió. Jesús estaba bajo el tilo, con los brazos levantados, y le gritó:

*«¡Juan, mira tu regalo de cumpleaños! El tilo florece cuando ningún otro árbol tiene flores, y tus abejas encontrarán néctar en abundancia.
¡Mira, Juan, y escucha cómo zumban de alegría!».*

Una luz iluminó el rostro normalmente serio y oscuro de Juan, que cayó de rodillas, escondió el rostro en la túnica de su amigo y lloró de felicidad y gratitud.

Y así fue como los tilos empezaron a florecer en San Juan.

Aportación de IdeasWaldorf